

Semántica y pragmática de la metáfora creadora

Fecha de envío: 3 de octubre de 2022

Fecha de aprobación: 3 de diciembre de 2022

Walter Navia Romero
Universidad de Oriente

Resumen

El objeto de este estudio es la metáfora creadora o viva (Ricoeur, 1975; Guern 1973/85), es decir, aquella que acuña un nuevo tipo de realidad. Su análisis se efectúa desde las perspectivas semántica (de la palabra y de la proposición) y pragmática. Se asume que no hay contradicción entre los enfoques antes mencionados, sino complementación. Para decirlo brevemente, la semántica de la proposición implica la semántica de la palabra, y su concepción pragmática implica a las dos anteriores.

Palabras claves: *mètàfora*, metáforas vivas, metáforas lexicalizadas, significado metafórico

Abstract

Semantics and Pragmatics of the creational metaphor

The object of this research is the creational or living metaphor (Ricoeur, 1976; Guern 1973/85), in other words, the one that establishes a new kind of reality. The analysis of the object is made through the perspectives of semantics (of the word, and of the proposition), and of pragmatics. We assume that there is no contradiction between the aforementioned approaches; instead of that, there is complementarity. To put it in a nutshell, the semantics of proposition implies the semantics of the word, and the existence of pragmatics implies the two former.

Keywords: Metaphor, Living Metaphor, Lexicalized Metaphor, Metaphorical Meaning.

El lenguaje es la casa del ser. En esa morada habita el hombre.
 (Heidegger, 1948/85).

¿Conoces el rumor acompasado
 con que durmiendo laten las semillas,
 con que soñando se abren las corolas?
 Tú que la ley del sufrimiento inquietas
 y el sangriento porqué de los dolores!
 mide primero el ritmo de las almas
 que es más hondo y sutil que el de las flores.

(Franz Tamayo, *La Prometheida*. vs. 2604-10)

El hombre es una caña, la más débil de la naturaleza;
 pero es una caña pensante. No es menester que el
 universo entero se arme para aplastarla: un vapor, una
 gota de agua es suficiente para matarlo. Pero aun
 cuando el universo lo aplastase, el hombre sería
 todavía más noble que el que mata, porque sabe que
 muere, y la ventaja que el universo tiene sobre él; el
 universo no sabe nada.

(Pascal, *Pensamientos*. 264)

La metáfora es un hecho consistente y duro en el orden del lenguaje y de la cultura. Se esconde en los cimientos del lenguaje, se agita en el trajín de la vida cotidiana o canta con voz demiúrgica una canción inédita. En el primer caso, se trata de las metáforas lexicalizadas o muertas, en los otros, de las estereotipadas o de las vivas.

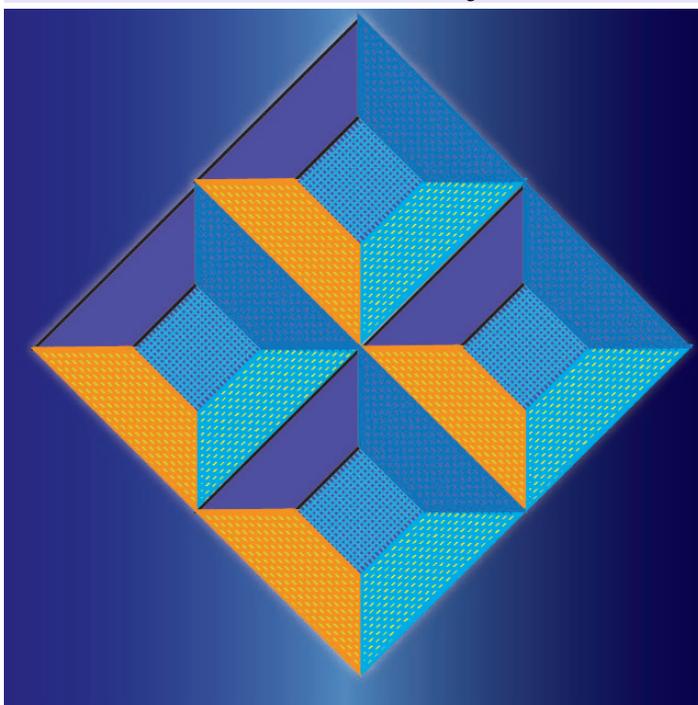
Las metáforas *lexicalizadas* nos acompañan en el uso cotidiano de la lengua. Cuando decimos:

“banco de arena”,

“la calle ciega” o

“la cabeza (boca, el lecho) de río”.

usamos metáforas *lexicalizadas*. Son aquellas que perdieron su vigor primitivo y concluyeron en meros nombres para designar objetos como una sedimentación de arena, una calle sin salida o el tramo inicial (la desembocadura o el fondo) de un río. Al convertirse en parte del inventario léxico de la lengua, su fuerza metafórica se debilitó o se extinguió. Los textos de semántica las estudian como uno de los recursos para formar palabras nuevas, apelando a otras ya conocidas. Cuando conservan algo de su vigor, son un recurso para construir otras denominaciones análogas, como “cabeza de puente”, “cabeza del ejército”, “cabeza del estado”, o “boca de tormenta”, “boca de pozo”. Aunque, en ejemplos como los mencionados, la metáfora yace oculta en el uso cotidiano del lenguaje, siempre es posible traerla



al foco de la reflexión y descubrir, a la luz del análisis, la metáfora escondida. En cambio, cuando esto sólo es posible a través del rastreo filológico y etimológico de los especialistas, nos encontramos con una metáfora *muerta* o *fósil*. Por ejemplo, “*ojal*” proviene de ojo, “*pensar*” y “*ponderar*” derivan de *pesar* (lat. *pensare, ponderare*) (Restrepo, 1947: 87), “*tête*” (Pr. “*cabeza*”) significaba tiesto, del latín *testa* (Giraud, 1955/60: 37); en cualquiera de estos casos, el hablante del castellano o francés no podría develar la metáfora, ya *muerta*, sin información especializada.

Las metáforas lexicalizadas pertenecen al patrimonio de una lengua o conjunto de lenguas y a los juegos de lenguaje de una cultura o conjunto de culturas. Así, “el pie de una montaña” aparece en muchas lenguas indoeuropeas, pero en las lenguas etíopes y muchas norteamericanas las *montañas no tienen pie*. De la misma manera, en castellano o inglés, las agujas tienen “ojo”, pero en francés no (Palmer, 1979: 66).

Muchas metáforas, brotadas de la literatura, se divulgaron y constituyen el conjunto de frases hechas, al que puede recurrir cualquier hablante de una lengua. Unos ejemplos:

- La *raíz* del mal.
- La *flor* de la juventud.
- Cortar el mal de *raíz*.
- Los *frutos* de la paz.
- El *tigre* de papel.
- La *manada* de corruptos.
- La *miel* de sus labios.
- El *mármol* de su frente.

Como estas metáforas todavía no se han lexicalizado, forman parte del patrimonio cultural de una sociedad, pero su divulgación y repetición cuasiautomática las convirtieron en estereotipos. Las denominaré, por esto, metáforas *estereotipadas*.

Es probable que tanto las metáforas lexicalizadas, como las estereotipadas, fueron en sus inicios metáforas vivas que por la frecuencia del uso se fueron desgastando y estereotipando. Sin embargo, una metáfora viva constituye un tipo de realidad radicalmente diferente de las anteriormente mencionadas. Con todo y a pesar de lo evidente de lo anteriormente afirmado, unas y otras obedecen a las mismas reglas de formación, aunque ellas no sean siempre tan patentas.

La metáfora fue estudiada desde diversas ópticas. Desde la antigüedad clásica hasta nuestros días se la enfocó desde el ángulo de una figura centrada en la palabra, en virtud de una relación de semejanza. El ángulo de visión se amplía cuando se la considera como una predicación impertinente, pues se la analiza en el marco de la estructura proposicional. Por último, el panorama se extiende al

asumir que la metáfora es expresión de un hablante, vale decir, cuando se la analiza en el contexto del discurso.

Semántica y metáfora

1. La metáfora como denominación desviante.

Quien inaugura el discurso sobre la metáfora es Aristóteles. Lo hace en el c. XXI de la *Poética*, dedicado al *nombre* como “parte de la elocución”. Así como hay nombres simples (*sol*) o dobles (*sietemachos*), corrientes (*avaro*) o dialectales (*pichirre*), hay también nombres *metafóricos*. Su definición es la siguiente:

La metáfora es la trasposición de un nombre a una cosa distinta de la que tal nombre significa. Esa trasposición puede hacerse del género a la especie, de la especie al género, de la especie a la especie, o por una relación de analogía. (*Poética*, 1457 b 6-9). (El subrayado es mío).

Ante todo hay que recalcar que “trasposición” significa en este caso *sustitución*: la metáfora sustituye a otro nombre. Por ejemplo, en

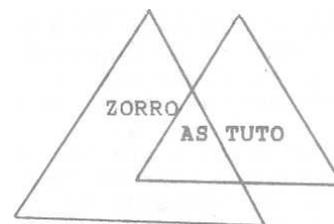
Mi navío está *parado* (Odisea. I, 186)

parado sustituye a *anclado*» “puesto que estar *anclado* es una especie del estar *parado*” (Ib.). En efecto, la relación entre el sustituyente y el sustituido es la de género (*estar parado*) a especie (*estar anclado*). El fenómeno de la sustitución es muy interesante en el caso de la relación de analogía. Dice Aristóteles que “Hay relación analógica cuando el segundo término es al primero, como el cuarto al tercero; se empleará entonces el cuarto en lugar del segundo, y el segundo en lugar del cuarto.” (Ib.). Así, en la metáfora de Empédocles que llama “a la vejez tarde u ocaso de la vida”, la relación analógica consiste en que la vejez (2) es a la vida (1), como el ocaso (4) es al día (3). Aunque en el ejemplo siguiente:

Pedro es un *zorro*.

no hay en el diccionario nombre correspondiente con la palabra sustituida, se puede establecer la siguiente analogía: La astucia es a Pedro, como la “zorrez” es al zorro, donde “zorrez” equivaldría a astucia. (Sobre esta atribución, se explicará más adelante).

Si se figura al signo como un triángulo, se puede representar lo anterior como la superposición del signo-metáfo-



ra sustituyente al signo-no metáfora, sustituido:

Si se puede concluir de lo anterior que, dada una metáfora, es posible señalar la palabra sustituida en caso de que exista en el lexicon de una lengua, qué acontece cuando en el caudal léxico no existe la palabra? Sería licito recurrir, entonces, a las posibilidades estructurales de creación léxica, como en el caso de “zorrez”, se puede contestar llanamente. En última instancia, se acudiría a una *paráfrasis*. Pongamos por ejemplo el verso de Homero:

Sus aladas palabras saltaron el cerco de los dientes.

Sería factible parafrasearlo diciendo que “las palabras salieron de la cavidad bucal”, lo que demostraría por sí mismo la torpeza de la *paráfrasis*. Cabría con todo insistir señalando que hay un buen grado de equivalencia entre “saltaron” y “salieron por encima de”. Aun en el caso de que esta *paráfrasis* fuera aceptable, habría que admitir que no se trata de una verdadera equivalencia lógica, en el sentido estricto de identidad de cantidad de información.

En algunos casos, la *paráfrasis* equivalente al término sustituido tiene que ser una desmesurada expansión de la palabra- metáfora. Por ejemplo, un comentarista deportivo describe las jugadas de un partido de fútbol en los siguientes términos:

Cuando estos dos delanteros dialogan, crean un peligro mortal. No hay que permitir que establezcan *diálogo* porque se vuelven *letales*.

En este caso, ¿estarían las metáforas *dialogan*, *diálogo* parafraseadas adecuadamente, por *se pasan la pelota* o *combinan la pelota*? Desde luego que, aplicando el análisis componencial, se encuentran comunes los semas fundamentales, pero la información de las metáforas sobrepasa en mucho las *paráfrasis* antes propuestas. De hecho, dentro de la dialogicidad futbolística se implica no sólo interacción recíproca, sino eximia capacidad en efectuarla y hay que añadir, necesariamente, que la misma implica una actitud no egoísta en los ejecutantes, como condición necesaria para ser adecuadamente *letales*. Y, aunque se hubiera logrado una *paráfrasis* muy exacta del contenido informativo de la metáfora, lo que faltarla, en todo caso, es el significado del matiz estilístico, el cual no consiste sólo en la condensación de la expresión ponderativa, sino en la superposición de semas antes señalada. De lo anterior, se puede extraer una consecuencia muy compartida: la metáfora es ínsitamente no parafraseable.

Esta opinión es aceptada también por Donald Davidson en *What Metaphors Mean* (1978), pero por razones opuestas. La tesis en que se funda este acuerdo es antípoda de la teoría aristotélica sobre la metáfora, pues sostiene que “metaphors mean what the words, in their most literal interpretation, mean, and nothing more... I agree with the

view that metaphors cannot be paraphrased, but I think this is not because metaphors say something too novel for literal expression, but because there is nothing there to paraphrase (Ib.: 32).

Al interrogarse Davidson por el significado de la metáfora, enfoca su reflexión con los reflectores de la filosofía analítica de Wittgenstein. “I think metaphor belongs exclusively to the domain of *use*” (Ib.: 33. El subrayado es mío), afirma categóricamente. A partir de esto, es fácil comprender que niegue que en la metáfora haya doble significado. Según él, las palabras ya cargan el significado metafórico, no necesitan superponerse a otra palabra en virtud de una relación de semejanza. No está incluida en la metáfora ninguna otra palabra con la que se compara. Lo que se compararla, en todo caso, serían objetos y cosas, es decir, los referentes, no los signos.

Hay algo cierto en la teoría de este autor y es que la metáfora nos lleva directamente a un sentido, a diferencia de la comparación. Evidentemente que, cuando se dice de alguien que es “un zorro” o de una acción que es “un diálogo”, se aprehende inmediatamente el sentido de estas metáforas. De aquí -continúa Davidson- que las mismas no requieran de ningún intermediario para conducirnos al sentido de las mismas, como en el caso de la comparación. El sentido literal de las mismas -concluye- cargarla (*carry*) su sentido metafórico. En consecuencia, se niega la necesidad de explicar la producción o interpretación de metáforas como el de la superposición de semas correspondientes a diversas palabras, fundada en una relación de semejanza. Pero de la inmediatez de la captación de una metáfora no se puede deducir la negación de la sustitución de términos como mecanismo productor de metáforas.

Por el contrario, como comenta Borges, Aristóteles funda la metáfora en la intuición de la analogía entre cosas disímiles (Obras: 382). Esta analogía se realiza mediante una comparación mental, añadirla DuMarsais. La analogía, “reside en la mente”- dice este autor- y lo que se transporta es “el significado de una palabra a otro significado” (1).

Esta teoría de la transposición del significado de palabra a palabra llega hasta nuestros días, como se advierte en la retórica y semántica del Grupo Mi:

La metáfora se ha visto como fundada en una relación de semejanza entre los *significados* de las palabras que en ella participan, a pesar de que asocia términos que se refieren a aspectos de la realidad que habitualmente no se vinculan. Es decir, la metáfora implica la coposición de *semas* (unidades mínimas de *significación*) que se da en el plano conceptual o semántico (o la coposición de partes, dada en el plano material o referen-

¹ La metáfora es una figura por medio de la cual se transporta, por así decir, el significado propio de una palabra a otro significado que solamente le conviene en virtud de una comparación que reside en la mente” (DuMarsais, *Traité des tropes*. I. 4. Cit, Guern, 1973/85: 13).

cial, cuando la metáfora no es lingüística -Grupo "M"-), y en esta figura se manifiesta la identidad parcial de dos significados, paralelamente a la NO identidad de los dos *significantes* correspondientes (Berinstein, 1982).

Aplicado lo anterior al ejemplo de marras, encontraríamos que entre *dialogar* y *pasar la pelota* se establece la intersección de los siguientes semas comunes que sustentarían la relación de semejanza:

DIALOGAR	PASAR LA PELOTA
proceso	proceso
acción	acción
interacción	interacción
consenso	combinación
movimientos fonatorios	movimientos
uso de signos	corporales
seguimiento de reglas lingüísticas	uso de una pelota de fútbol
	seguimiento de reglas futbolísticas

La interacción de semas comunes se puede representar:



Si se redujera el fenómeno metafórico a la intersección de conjuntos de semas, el término metafórico sería una simple traducción del otro, por cuanto tendría la misma cantidad de información del término sustituido. Lo que entraña la teoría de la palabra y de la semejanza es que, en virtud de la confluencia de semas comunes, la metáfora subsume rasgos sémicos del sustituto, en este caso, *el de acción corporal específica al traslado de una pelota de fútbol de acuerdo con las reglas de este deporte*. Según Davidson, este *plus* de información la proporcionaría el mismo sentido literal del uso de la palabra diálogo en las condiciones apropiadas. Según la tradición aristotélica, la incorporación de los semas adicionales que son propios de otra palabra es la labor específica de la metáfora.

Confluente con este punto de vista es la teoría sobre la metáfora y la metonimia elaborada por Jakobson, para quien estos dos mecanismos del lenguaje corresponden

con dos formas básicas del funcionamiento de la mente humana. Su importancia queda demostrada en las investigaciones efectuadas por el mismo autor sobre tipos de afasia y su correlación con los citados mecanismos. Habría que tan sólo mencionar la relevancia que confiere el discurso psicoanalítico de Lacan a esta distinción (²). Me referiré más adelante a la importancia que adquiere la explicación sobre la metáfora, por sus implicaciones en la problemática de la referencia metafórica. Pero creo oportuno oponer ahora metáfora a metonimia para concluir esta parte de la explicación.

Si bien la metáfora altera la estructura de los semas que constituyen la palabra, la metonimia, como lo comenta acertadamente Guern (1973/85: 131 ss.), los mantiene intactos. Por ejemplo, en:

Grandes voces se querellaban en los pasillos (Zola, *Nana*)

la palabra "voces" está en relación metonímica con respecto a la palabra que sustituye, "personas que discutían" y, por esto, no cambia su contenido sémico; la utilización de la palabra "voces" para designar personas que están hablando sólo produce una modificación en la referencia. La relación que existe entre las voces y las personas que hablan... se sitúa fuera del hecho propiamente lingüístico: se apoya en una relación lógica o en un aspecto de la experiencia que no modifica la estructura interna del lenguaje.

Desde el punto de vista de la recepción, la palabra "voces" puede ser interpretada, primero, en su sentido propio y, luego, se pasa por la fase de representación de dicha palabra (personas que hablan) para tomar "voces" por la totalidad *gente parlante*. "La interpretación de la palabra por su sentido propio no es realmente incompatible con el contexto: todo lo más, se la entiende como una aproximación que necesita ser corregida un poco" (Ib.: 18-9). En pocas palabras, la metonimia y la sinécdoque (una forma de metonimia) sustituyen una palabra por otra que está en relación de contigüidad con ella, pero sin que la palabra sustituyente pierda sus semas. Sólo cambia el referente. La metáfora, por el contrario, altera su constitución sémica y, al superponerse al otro término, efectúa una confluencia de sus semas con los semas del otro.

Este análisis fundado en la búsqueda de la semejanza de términos disímiles, enfoca la metáfora en el círculo delimitado de la palabra. Es el punto de vista aristotélico y el retórico tradicional, el cual todavía repercute actualmente. Pero, el fenómeno metafórico adquiere mayor relevancia cuando se lo enfoca desde la perspectiva de la proposición. En este caso, toda metáfora está estructurada como una predicación, no sólo cuando en la estructura superficial aparece como tal ("el lenguaje es casa", "el hombre es una caña pensante", "es un león"), sino también cuando en la misma estructura se presenta como una nominalización

² Lacan, *Escritos*, 1966/84; Rifflet-Lemairé, 1970/81.

(“macho toyota”, “casa del ser”, “cerco de los dientes”), pues, como lo ha demostrado la gramática generativo-transformacional, estas nominalizaciones son transformaciones de oraciones implícitas (“el toyota es un macho”, “el ser tiene casa”, “los dientes son cerco”). La metáfora, entonces, ya no es mera superposición de nombres, sino que es una predicación y, como tal, ocupa el núcleo mismo de la proposición. Si desde el punto de vista de la palabra, la metáfora es “una *denominación desviante*”, desde la perspectiva de la proposición, la metáfora es una “*predicación impertinente*”, como lo señala Ricoeur en *La méthaphore vive* (3).

Esto no significa negar la importancia del análisis de la metáfora como palabra, pues el mecanismo de la metáfora opera sobre la palabra. La identidad de significado se asienta sobre ella. Lo que hace la metáfora es justamente alterar esta identidad. Pero resulta distinto analizar la relación entre palabras aisladas, que la relación entre palabras que son predicado y argumentos de una proposición. En este caso, la palabra es un elemento constituyente de un todo, la proposición, y la palabra metáfora es un predicado impertinente.

2. La metáfora como predicación impertinente

La contribución y las limitaciones de la teoría de la metáfora como fenómeno reducido a la acción de la palabra se advierten cuando se la analiza a la luz de la teoría de la *proposición* en el sentido de la lógica de predicados. Se asume en este estudio que la *proposición* corresponde con la estructura semántica de la oración (Cfr. Chafe, 1970/76; Chomsky, 1981; Navia, 1982; Hernanz-Brucart, 1987).

Una *proposición* está constituida por un *Predicado* (P) de *x* *argumentos*. Su fórmula es

$$P(x)$$

Así “Juan ama a María” es una proposición con el Predicado “amar” y dos argumentos “Juan” y “María”, y se puede representar: $P(x, y)$, donde *x* y *y* corresponden con el experimentador y la paciente de amar, respectivamente. “Los jugadores (de fútbol) combinan” es una proposición de dos argumentos: $P(x, y)$, aunque el argumento instrumento (“con la pelota”) no aparezca en la estructura superficial. “Juan envía flores” es una proposición de tres argumentos, $P(x, y, z)$, (paciente, agente, beneficiario), aunque el destinatario tampoco aparezca en la estructura superficial.

Si diagramamos la estructura proposicional del ejemplo de marras “Cuando estos delanteros dialogan”, tendremos la siguiente representación simplificada (4):

³ Ricoeur distingue las dimensiones semiótica y semántica del análisis, correlacionando la primera con el punto de vista de la palabra y la segunda con el de la proposición. Omito los detalles de esta distinción, porque el primer punto de vista es también semántico (Cfr. 1975: 88 ss.).

⁴ La metodología de esta diagramación se funda en la teoría semántica de Chafe, pero no se ciñe estrictamente a la misma, pues la rebasa al analizar los componentes semánticos más allá de las reglas cuasi-gene-

Predicado	Agente	Instrumento
dialogar	delanteros	pelota
proceso	contable	contable
acción	potente	-potente
interacción	animado	-animado
consenso	humano	
movimientos fonatorios	futbolistas	
uso de signos	atacantes	
seguimiento de reglas lingüísticas		

Correlacionando la información semántica entre predicado y argumentos, resulta patente que puede haber compatibilidad entre los semas del predicado *dialogar* con el agente *jugadores*, siempre que el sentido del mismo sea el literal, es decir, si se lo comprende como un tipo de acción comunicativa lingüística. Pero esta compatibilidad se destruye cuando se advierte que el instrumento que establece ese tipo de interacción es una *pelota de fútbol*. En efecto, mientras las acciones físicas correspondientes a un *diálogo* en sentido literal son de naturaleza fonatoria, el consenso se fundamenta en el acuerdo con respecto al contenido significativo de signos lingüísticos, el proceso se realiza según la naturaleza de reglas del sistema de una lengua en condiciones contextuales determinadas. Nada de esto se realiza cuando *dialogan* tiene sentido metafórico, pues entonces requiere de un argumento instrumento “con una pelota de fútbol”. El sentido metafórico de *dialogan* produce, en consecuencia, una incongruencia semántica a nivel de proposición.

Pongamos otro ejemplo, esta vez extraído del discurso filosófico:

El lenguaje es la casa del ser. En esa morada habita el hombre. (Heidegger, 1948/85). (5)

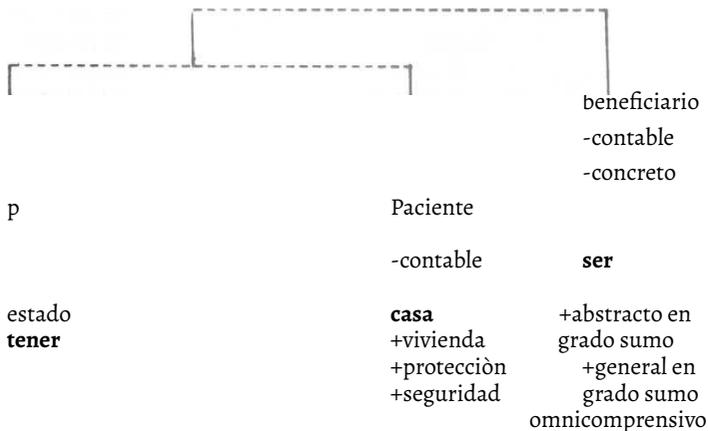
El diagrama de la primera proposición es el siguiente:

Predicado	Argumento paciente
estado	-contable
raíz+predicativizadora	-concreto
casa	lenguaje
+contable	+sonido articulado
+concreto	+significado
+vivienda	+sistema
(+familia)	+comunicación
(+protección)	-vivienda
(+seguridad)	

rativas del modelo de Chafe.

⁵ La traducción del texto que poseo es la siguiente: “La palabra el habla es la casa del ser. En su morada habita el hombre”. Prefiero la versión acotada por ser la más usual (Cfr. Bollnov, 1984:13; Apel, 1973/85; Bruce, 1982) y por ser más pertinente contextualmente con la obra de Heidegger.

Claramente se advierte la incompatibilidad del argumento con el predicado. Desde un punto de vista semántico, el predicado selecciona los rasgos sémicos de los argumentos. En este caso, los rasgos de “casa” (+contable, +concreto) debieran determinar los rasgos del argumento “lenguaje”. Al mismo tiempo, es evidente que no es justamente “lenguaje” el que tiene el carácter metafórico, sino “casa”. Por esto, hay que completar el análisis especificando que “casa del ser” es otra proposición, que puede ser traducida como “el ser tiene casa”, donde



Las incompatibilidades son aquí mayores: El ser, el concepto más general y abstracto, tiene posesión y esta posesión es su vivienda. En consecuencia, esta casa debe dejar de ser +contable, +concreto, para referirse a otro tipo de vivienda diferente de la construcción física llamada casa. Debemos, entonces, concluir que ésta tiene otro sentido, que apunta a otra referencia distinta de la denotación normal. Para hacer esto posible, se tienen que haber efectuado varias operaciones. En primer lugar, se tienen que suspender los semas +contable y +concreto de “casa”, pero debe permanecer el de +vivienda o morada. Esto queda ratificado en la proposición siguiente:

En esa morada habita el hombre.

En segundo lugar, no basta la compatibilidad de “casa del ser” con “lenguaje”, mediante la suspensión de semas; es preciso también que se patentice o manifieste el nuevo significado. Desde este punto de vista, acontece lo siguiente a la palabra casa, en cuanto signo lingüístico

SIGNIFICADO METAFÒRICO	CASA
Significado	casa
SIGNIFICANTE	
Significante	/kása/

La palabra casa, que entraña el significante /kása/ y el

significado literal de “casa”, se constituye como totalidad en significante del significado metafórico CASA, con la particularidad que para viabilizar este fenómeno deben efectuarse los reajustes sémicos antedichos.

El nuevo significado, CASA, emerge de la confluencia entre la carga semántica que todavía retiene casa, en el sentido de vivienda, y la carga semántica de lenguaje. Puede señalarse en este caso cuáles son los semas comunes de casa y lenguaje que se superponen en la metáfora CASA? Esto ya no es tan evidente. Sin embargo, como CASA dejó de ser la vivienda material del ser, para transformarse en un lugar *sui generis* donde se afinca el ser, *es equivalente a lenguaje* (°), entre otras posibilidades hermenéuticas. Debemos, entonces, preguntarnos cuáles son los semas semejantes entre “casa del ser” y “lenguaje”. Su señalamiento rebasa las puras posibilidades de explicación del análisis semántico. Es necesario acudir, entonces, a referencias textuales intra y extralingüísticas.

Tal es el caso de las metáforas que extreman la imper tinencia predicativa hasta presentarse como total incompatibilidad. ¿Cómo explicar, por ejemplo, la atribución del color negro al sol en los siguientes versos?:

Ma seule étoile est morte--et mon luth constellé

Porte le soleil noir de la mélancolie.

(Gérard de Nerval: *El Desdichado*. Ej. de Ullmann).

Mi única estrella está muerta—y mi laúd constelado

Lleva el sol negro de la melancolía.

Para poder analizar predicaciones tan desviantes, debemos tener en cuenta aspectos que no son ya semánticos ni siquiera lingüísticos o pragmalingüísticos. Se trata del contexto histórico del discurso al que pertenece dicha metáfora. Así, en el caso de “sol negro”, esta extrema imper tinencia se hace comprensible al considerar el programa poético del surrealismo:

Comparar dos objetos lo más alejados posible el uno del otro, o, por cualquier método, ponerlos en presencia de una manera brusca y sorprendente, sigue siendo la tarea más alta al que pueda aspirar la poesía. (André Bretón, *Les vases communicants*, Paris, 1955: 148. Cit. Ullmann, 1964/68: 207).

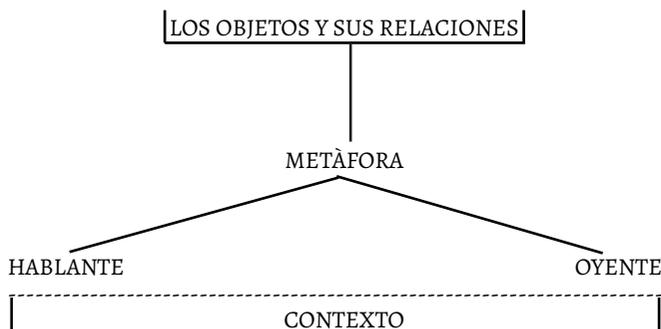
Sobre esto, regresaré más adelante. Lo que ahora me interesa es la siguiente conclusión parcial: La semántica lingüística puede conducirnos, en el análisis de la metáfora, hasta este punto: la metáfora superpone dos nombres, para lo cual suspende semas incompatibles del término metafórico y conserva los semejantes con el término al que se superpuso la metáfora. Al mismo tiempo, la referencia normal de ésta última ha cambiado: cerco denota dientes,

° Sobre las posibles interpretaciones de la metáfora CASA, cfr. Navia, 1990.

caña denota ser humano, casa denota lenguaje. Pero, para comprender estas metáforas, no basta con indicar que los objetos inanimados se animaron y que los no humanos se humanizaron. Es necesario acudir a criterios de semántica pragma lingüística para percibir la complejidad del problema.

Pragmalingüística de la metáfora

La pragmalingüística estudia el lenguaje en la comunicación. En ésta, una subjetividad habla a otra subjetividad sobre un mundo de objetos y sobre relaciones entre objetos, en un contexto existencial. Se instauran de esta manera interrelaciones complejas entre tres mundos: el mundo subjetivo del hablante, el mundo intersubjetivo de hablante-oyente y el mundo objetivo de objetos y relaciones entre objetos, tal como aparece en el esquema siguiente fundado en el organon del lenguaje de Bühler.



Si la comunicación humana se puede describir condensadamente de la siguiente manera: un hablante dice a un oyente algo sobre algo, la comunicación metafórica puede enunciarse de manera análoga: un hablante metaforiza a un oyente una metáfora sobre algo en un contexto dado. Las posibilidades explicativas de muchas metáforas permiten una precisión mayor, cuando se las considera pragmalingüísticamente. Sea la metáfora:

El hombre es un lobo.

El foco de la misma es "lobo". Sin embargo, un análisis lingüístico de este término es insuficiente para explicarla, porque el mismo no daría cuenta de los rasgos sémicos asociados culturalmente a "lobo", los cuales no son otra cosa que un conjunto de lugares comunes, de prejuicios que socialmente se adjudican a dicho animal y que operan sistemáticamente en el ámbito de una cultura. Es posible que en otras culturas carezca de estas connotaciones negativas y tenga más bien otras positivas, como acontece por ejemplo con el término "lechuza" al que se le asocian, en nuestra cultura, rasgos negativos como *pájaro de mal agüero*, mientras que, en el mundo apolíneo griego, "lechuza" era símbolo de *luminosidad* (luz en la noche) y, consecuentemente, de *inteligencia* (Atenea, que nació directamente

de la cabeza de Zeus, era "la de ojos de lechuza"). Hablante y oyente comparten este sistema de prejuicios (Cfr. Gadamer, 1963/77; Ricoeur, 1975: 114), en virtud de los cuales adquiere significación la metáfora "lobo" aplicada al hombre, como también se le confiere a "zorro" el sema "astuto", comentado anteriormente.

Pero hay algo más importante todavía: la metáfora adquiere relevancia no solamente porque, al suspender unos rasgos y al acentuar otros en virtud del sistema de prejuicios compartidos por hablante y oyente, permite una comprensión de la complejidad sémica de la misma, sino porque, siendo la metáfora un término denotativo, apunta a una realidad en virtud de que "organiza nuestra visión del hombre", como dice Max Black y comenta Ricoeur (Ib.). En otras palabras, la identificación lobo-hombre no sólo es una estructuración sémica compleja, sino que por eso mismo denota una realidad que pertenece al mundo objetivo, ese ámbito referencial distinto de las subjetividades hablante y oyente. Pero lo hace de una manera diferente a como lo haría cualquier acto verbal aseverativo, cuya proposición puede validarse como verdadera o como falsa, en virtud de una simple correspondencia del contenido proposicional con el estados de cosas del mundo. Porque lo que la metáfora realiza no es meramente *corresponder con*, sino *organizar un nuevo tipo de visión de la realidad*, como en el caso del hombre-lobo, sobre la cual "informa y esclarece como ninguna paráfrasis lo podría hacer" (Ib.). Vale decir, la metáfora no es fundamentalmente un elemento decorativo del discurso, como la retórica lo planteó, sino que es un aspecto informativo cognitivo, pues denota y se refiere a una realidad. No solamente contiene elementos connotativos (afectivos o estéticos), sino también constituye una operación intelectual irreductible: denota. Pero su función no se reduce a la pura mención de objetos y relaciones entre objetos, sino consiste en conferir a lo mencionado referencialmente una "nueva visión". Si la metáfora fuera simple sustitución de un término por otro, el término sustituyente sería igual al sustituido y, por ende, la metáfora no informaría nada nuevo. Sin embargo, lo que distingue a la metáfora del discurso aseverativo es que el modo propio de referencialidad metafórica no es la de describir un estado de cosas, sino la de *redescribir* esa realidad denotada. Sobre esto, volveré más adelante. Lo que importa ahora es señalar la condición referencial de la metáfora.

En el discurso filosófico, la metáfora posee también clara intención referencial, en el marco de la teoría que se está explicando. El último Heidegger trabajó intensamente con el problema del advenimiento del ser en la casa del lenguaje. Su trabajo especulativo luchó por lograr medios lingüísticos que nos introdujeran en las sendas perdidas para encontrar el camino al habla. En este itinerario, tuvo que forjar metáforas cuando el lenguaje puramente especulativo ya no tenía la potencia suficiente para redescribir esa

nueva realidad. Desde “Hölderlin y la esencia de la poesía” (1944/195.8) hasta *Qué significa pensar?* (1958), “Carta sobre el humanismo”, (1948/85), *Sendas perdidas* (1960), *De camino al habla* (1959/87), su reflexión filosófica contiene metáforas como “el habla habla”, “diálogo de casa a casa” (donde “casa” significa culturas particulares), “el ‘señar’ (*Der Wink*) es el mensaje del velamiento esclarecedor” etc. Se trata de un esfuerzo por ostentar el mundo existencial del ser humano (*Dasein*) auténtico y el verdadero lugar que pisa y habita el hombre: el lenguaje. Pero esto ya no es fácilmente señalable como los objetos o hechos del mundo cotidiano; las metáforas tienen que ser más atrevidas y enigmáticas, porque el objeto mismo que se está redescubriendo es enigmático y multidimensional.

Dentro de este mismo marco teórico, se han de entender las metáforas del discurso cotidiano y del discurso práctico (comercial, político, etc.). Guando en el mundo del Oriente de Venezuela se dice de alguien que está “tibio” o que tiene “tibia” se está caracterizando un estado de la conducta humana colérica al que en el mundo hispánico se tipifica térmicamente como “caliente”. Pero la malicia venezolana redescubrió esa realidad más sofisticadamente, convirtiendo a “tibio” como una escala superior a “caliente”. En el caso de la propaganda del “macho” toyota, se apela al culto machista por el carro; la metáfora es tan rendidora que metaforiza también a las ruedas del toyota *potente*. Se trata de una redescubrición del carro con la finalidad indirecta de apelar al oyente a la compra de algo supuestamente tan valioso.

Otro aspecto que enriquece la explicación pragmalinguística de la metáfora es su carácter histórico. En efecto, la misma ya no es sólo superposición de palabras, o predicación impertinente en una proposición, sino que es redescubrición reveladora en un discurso. Ahora bien, los discursos son productos históricos cuyo contexto no son sólo los discursos coetáneos ni su contexto extralingüístico sincrónico, sino que el mismo se dimensiona en el pasado histórico. Por ejemplo, la plena comprensión de la metáfora “casa del ser” implica la comprensión de su antecedente histórico, es decir, de la concepción humboldtiana sobre el lenguaje.

Cada lengua -dice Humboldt- encierra una peculiar visión del mundo. Al igual que entre el objeto y el hombre se interpone cada sonido, la lengua entera se interpone entre él y la naturaleza, que influye en él interior y exteriormente. El hombre se rodea de un mundo de sonidos para captar dentro de sí y para elaborar el mundo de los objetos... El hombre convive primordialmente y aun exclusivamente con los objetos tal como el lenguaje se los ofrece, puesto que las sensaciones y acciones dependen de sus representaciones. Por medio de este acto, en virtud del cual teje en

sí mismo la lengua, se encarcela él en la misma y cada una traza en torno al pueblo, al cual pertenece, un círculo del cual sólo es posible salir en la medida en que se pasa del círculo de [una a la de] otra distinta (*Über die Verschiedenheit*. Cit. Arens, 1969/75: 280).

Aunque esta concepción difiere de la heideggeriana, su raigambre es ineludible (Cfr. Navia: “Sobre la concepción del lenguaje de W. von Humboldt” (1979).

La dimensión histórica no es exclusiva del discurso filosófico, sino que es propia de todos los discursos, incluso del científico. Como dice acertadamente Michel Foucault, una afirmación como “las especies evolucionan” no se puede decir que forman el mismo enunciado en Darwin o en un neodarwinista como Simpson (*La arqueología del saber*, 185. Cit. Dreyfus-Rabinov, 1988: 66).

Una consecuencia importante de lo anterior es que no basta con una descripción o tipificación de una o más metáforas, sino que se las ha de comprender en relación funcional interna con las metáforas u otros rasgos estilísticos de una obra, del conjunto de obras de un autor y con las obras de una época en relación con sus raíces históricas. Incluso cuando programáticamente se rechaza el uso o supuesto abuso de las metáforas, postulando un grado cero de la escritura, es decir, un uso simple y directo, en oposición al uso tradicionalmente literario, se está estableciendo un nuevo canon estético por oposición contra el pasado histórico. En otras palabras, no basta con reconocer las semejanzas y desemejanzas inscritas en una metáfora, ni tampoco desentrañar cuán sorprendente pueda resultar, ni siquiera captar la redescubrición que logra, sino que es imprescindible insertarla en la cosmovisión que contribuye a crear en la obra de un autor o de una época. Esta exigencia metodológica es relevante, desde luego, sobre todo en el caso del discurso literario, *stricto sensu*.

Lo anterior no es posible sin postular simultáneamente que deben establecerse correlaciones semánticas, primero, y pragmáticas, luego, entre las formas lingüísticas que constituyen la urdimbre de un texto. Un hilo conductor de la búsqueda de las mismas puede ser el concepto de *isotopía* propuesto por Greimas. Para éste, la isotopía de un discurso se relaciona con la estructuración semántica que permite captarlo como un todo significativo, es decir, “con una unidad de sentido” (Greimas, 1966/71: 106). Por ejemplo, en la metáfora de Heidegger, los semas de “casa” (-contable, -concreto, +vivienda, +seguridad, +protección) se repiten en “morada” y en “habita”. Se produce de esta manera una redundancia o isosemia que permite no sólo establecer conexiones semánticas entre los tres términos, sino “trazar una línea de significación o efecto de sentido, llamada ‘isotopía’ sémica, que produce la coherencia de la lectura total, la ‘continuidad temática’” (Pottier, 1974.77, 91.

Cit.: Berinstain, 1982: 139). El hombre en cuanto existente humano habita el lenguaje, habita la casa del ser, es un morador del lenguaje, es un co-morador, juntamente con el ser, del lenguaje.

La isotopía juega un papel decisivo en la comprensión del sentido. Por ejemplo, la desambiguación de la misma permite detectar si el sentido total de c)

- a) El perro ladra.
- b) El comisario ladra.
- c) El perro del comisario ladra.

corresponde con a) o b), pues la isotopía será distinta (¿Quién ladra?) según “perro” sea +humano o -humano.

Resumiendo, toda metáfora viva se basa en la semejanza de semas de dos palabras, pero su explicación rebasa el perímetro de la palabra. En efecto, toda metáfora ha de analizarse como una predicación impertinente en la estructura de una proposición y, como una redescipción de la realidad, en la óptica del discurso. Asimismo, su comprensión implica analizarla en su contexto histórico, diacrónico y sincrónico. Por último, en la estructura sémica de la metáfora se puede hallar el hilo de Ariadna que revele el sistema de interrelaciones semánticas de la misma con las redundancias sémicas de otros elementos del discurso.

La metáfora literaria

Al referirme a literatura, lo haré en el sentido de la teoría literaria contemporánea, sea su caracterización como “belles lettres” (Kayser, 1958), sea como “ficción” (Wellek-Warren), como “literariedad” (estructuralismo francés) o como “sistema de segundo orden” (Lottman, 1970/78, Mignolo, 1978). Dentro de esta circunscripción teórica, la aproximación a la metáfora literaria se enfrenta con una serie de problemas importantes.

Ante todo está el problema de la referencialidad del texto literario y, por ende, de la metáfora literaria. Si continuamos postulando que todo discurso implica hablante, oyente y objetos- relaciones, el texto literario ha de tener su referente. Cuando Jakobson tipifica a la función poética como aquella que tiene su objeto en sí misma, parece que le sustrae toda referencialidad objetiva. Analicemos este problema con el siguiente poema de Juan Ramón Jiménez:

El poniente me invade con sus flores
de oro, mientras, largo y lento, canta
el ruiseñor de todos mis amores,
ahogándose casi en mi garganta.

Al ver este oro entre el pinar sombrío
me he acordado de mi tan dulcemente,
que era más dulce el pensamiento mío
que toda la dulzura del poniente.
Oh dulzura de oro! Campo verde,
corazón con esquilas, humo en calma!

No hay en la vida nada que recuerde
esos dulces ocasos de mi alma

¿Es Juan Ramón Jiménez quien describe a un lector anónimo un paisaje crepuscular? ¿o es más bien un yo poético quien metaforiza el paisaje para referirse a sí mismo? ¿Es un poniente contemplado o son los dulces ocasos de su alma el objeto que mienta el poeta? ¿No serán tal vez los dulces ocasos espirituales de ese yo poético tan ficticios como son también fictos los ocasos naturales mentados en el poema?

Ante todo es necesario aclarar el concepto de mundo objetivo en el modelo triádico de la comunicación. Por mundo objetivo se entiende la referencia de las proposiciones, como algo distinto de la presentación de la subjetividad del hablante y de su alusión a la relación intersubjetiva con el oyente. El hablante se refiere a, mienta, denota algo del mundo objetivo. Pero no se ha de entender por esta referencia sólo a la realidad natural externa al yo y al tú, sino a todo tipo de objetividad, actual o posible, real o imaginaria, natural o cultural. Así, cuando se asevera:

$$2 + 2 = 4$$

se están mentando objetos matemáticos cuya consistencia ontológica no es la de ser objetos reales, sino ideales. La poesía, la literatura, la metáfora, también mientan algo. “La metáfora es ‘un poema en miniatura’...: dice algo sobre alguna cosa” (Ricoeur, Ib.: 279).

Esta intrínseca capacidad referencial es ínsita a todo discurso. Pero el problema permanece, pues se advierte que el modo de referencialidad del discurso literario y, por ende, de la metáfora literaria no es el mismo que el de los otros discursos; más aún, es radicalmente diferente. Esto ha generado una serie de confusiones. Una de las más importantes es la que se deriva de la teoría de las funciones del lenguaje de Jakobson (“Lingüística y poética” (1960)). Según este autor, la función poética, por oposición a las otras funciones (referencial, connotativa, fática y metalingüística), está orientada “hacia el MENSAJE como tal, el mensaje por el mensaje” (Ib.: 358). Dejando de lado las críticas que, con mucha justeza, hacen Bakhtine y Coseriu (Cfr. Navia, 1979) al modelo de comunicación de Jakobson y eludiendo el problema que genera su afirmación de que la función poética no es privativa del lenguaje literario sino propia de todo tipo de lenguaje, lo que me interesa resaltar es que, al distinguirla de la función referencial, se puede concluir que la misma, *predominantemente*, es no referencial.

El punto de vista básico de un enfoque pragmlingüístico de la metáfora permite esclarecer, creo yo, este problema. El punto de partida es que “el significado metafórico es siempre el significado de la expresión de un hablante” (Searle, 1980: 77), es decir, que se lo ha de analizar en relación al significado de la intención de un hablante en refe-

rencia al mundo objetivo, de una manera afirmada, en el caso de los actos verbales aseverativos, sólo mencionada, en el caso de los restantes tipos de actos verbales. Por ser más pertinente a la presente discusión, se puede simplificar que, en el caso de los aseverativos, una metáfora está significada de la siguiente manera:

Un hablante dice:

S es P

significando S es R

donde S = Sujeto o tema
y P≠R

Dice :

“Juan es un zorro”,

significando

“Juan es un hombre muy astuto” o algo parecido (7).

Volviendo a Jakobson, ¿se puede concluir que, al complicar su modelo de funciones del lenguaje con la distinción antes aludida entre función poética y función referencial, la metáfora no mienta nada? Considero que esta conclusión sería una simple malinterpretación de su teoría. En cambio, decir que la metáfora, al reclamar la atención sobre si misma *opaca* la representación, sería más acertado. Esto nos conduce a una breve explicación sobre la teoría de la transparencia y la opacidad.

Un signo lingüístico es una cosa, un objeto constituido por sonidos y, en el caso del lenguaje escrito, por grafemas. Ahora bien, este signo mienta, representa algo distinto de él mismo; en esto consiste su función de signo, en significar un objeto mentado (un ocaso, por ejemplo). Si esta significación representativa es directa, es decir, sin interponerse en cuanto cosa lingüística, entonces el signo es transparente; como un vidrio translúcido, no se deja ver, sólo permite ver lo que está detrás de él. Su representación puede ser:

⁷ Searle se plantea la interrogante de cómo funciona una metáfora para el hablante y el oyente, a fin de reconstruir los principios que regulan la interpretación de las metáforas. Se ocupa principalmente de las metáforas del lenguaje cotidiano, más que de las literarias. Sus ocho principios, enunciados al modo de las reglas de conversación de Grice, se pueden reducir a lo siguiente: Cuando se encuentre que una expresión es obviamente defectuosa semánticamente si se la toma en su sentido literal, se ha de operar según el principio de que han de haber algunos significados R cuyos valores sean compatibles o los más compatibles con el significado de P. De hecho su análisis, al reducirse a la comparación entre el significado literal de la oración (*sentece*) y el significado metafórico de la expresión (*utterance*), no le permite analizar el fenómeno en el nivel de la proposición y, por ende, a la metáfora como predicación impertinente. Por otra parte, alguno de sus principios son reductibles a los fundamentos de la teoría aristotélica sobre la metáfora.

X-->Y

En cambio, si atrae la atención en el signo en cuanto cosa, deja de ser el vidrio transparente y el signo se torna *opaco*, pues focaliza la atención y la consideración del oyente o lector en el signo en cuanto cosa. Su fórmula puede ser:

X ↪ Y

De lo anterior se pueden extraer dos conclusiones contrapuestas: 1) cuando el signo es opaco, cuando la función predominante es la poética, entonces la referencialidad al objeto desaparece; o, por el contrario, 2) esa opacidad no destruye la denotación, sino se instaura un nuevo tipo de referencialidad. La primera posición la asume Récanati (1979/81), la segunda Ricoeur. Cito a Récanati:

Considerado como cosa, el signo focaliza sobre sí la “mira del espíritu”, y es objeto propio de la consideración, no “representa” nada sino que se presenta a sí mismo (). Por el contrario, considerado como signo, se oculta a la consideración y desplaza la mira del espíritu, desde sí hasta el objeto que él significa (X-->Y)... Cuando la cosa significada aparece, el signo-como-cosa desaparece, y cuando el signo-como-cosa aparece, es la cosa significada la que desaparece. El signo-como-cosa y la cosa significada son incompatibles uno con la otra (Ib.: 28-9).

Este análisis, heredero de la *Lógica* de Port Royal, es acertado si lo aplicamos a los niveles gramatical o fonético del lenguaje. Si las palabras “El ocaso me invade con sus flores / de oro” son consideradas como cosa gramatical, por ejemplo, y distinguimos las FN, FV y FP con sus respectivas recciones, o como cosa fonética y analizamos los segmentos y suprasegmentos de que están constituidas, desaparece absolutamente lo denotado semánticamente, pues nos quedamos exclusivamente con la *suppositio grammaticalis* y perdemos la referencia. ¿Acontece lo mismo con los niveles semántico y pragmático del lenguaje? o en forma más circunscrita: la metáfora como cosa, es decir, como predicación impertinente, opaca absolutamente la referencia? La respuesta es categóricamente negativa, por cuanto en este caso el objeto mentado no sólo no desaparece, sino que es perceptible, a través de la brumalidad y opacidad de la metáfora, con más relevancia. Más aún, la patencia de lo mentado no acontece en ningún caso de forma más contundente como con la metáfora. La prueba es que ninguna metáfora viva y creadora puede jamás ser parafraseada completamente.

Un ejemplo de uso metafórico, extraído del lenguaje pictórico, puede introducirnos a una fundamentación de esta respuesta. El gris de un cuadro, considerado como cosa, es decir, como sustancias químicas extendidas en

el espacio de una tela que producen un tipo de percepción visual, en cuanto tales, no mencionan nada; pero ese mismo gris como cosa metafórica, tal tipo de gris correlativo con un juego de formas y colores del cuadro, menciona algo, es referencial con respecto a “tristeza” por ejemplo. Los cuadros surrealistas de Magritte, justamente por su sorprendente técnica del absurdo, *revelan* realidades de la existencia humana con más profundidad que muchos otros más transparentes. Los ejemplos se pueden multiplicar, como la interpretación formidable que hace Heidegger del par de botas de campesino, objeto de varios cuadros de Van Gogh. Para ese filósofo, el arte y, por ende, también la poesía, justamente por su potencialidad metafórica, revela la verdad como ninguna otra forma de lenguaje lo puede hacer. Pero aterricemos en la metáfora lingüística.

La chose essentielle que fait le créateur littéraire est d’inventer ou de découvrir un objet -que ce soit un objet matériel, ou une personne, ou une pensée, ou un état de chose, ou un événement- autour duquel il ressemble un ensemble de relations qu’on peut apercevoir en tant que rassemblements grâce à leur intersection dans cet Objet (Beardsley, *Aesthetics*, 1958: 128. Cit. Ricoeur, 1975: 120)⁽⁸⁾

Adviértase que el creador literario *inventa y descubre* un objeto. Lo inventa en el sentido de que ese objeto, esa referencia, emana del sentido mismo de la textualidad de una obra. En literatura, la palabra crea la cosa. El paisaje interior de Juan Ramón Jiménez es obra del poema. Pero esos objetos, poniente, flores, ruiseñor, prados, ese yo con garganta y paisajes interiores, esos dulces estados de ánimo, producto de las palabras, son, simultáneamente, denotados por el poeta, constituyen una referencia. Al ser denotados, son pensados, sentidos, percibidos con metáforas: el poniente invade, las flores y el ruiseñor son de oro, el ruiseñor se ahoga en la garganta del yo poético, el poniente posee dulzura, hay un corazón con esquila y un alma con poniente. Si la metáfora dice “S es P” para significar “S es R”, es decir, si consiste en referirnos a una cosa en términos de otra cosa, lo que se hace simultáneamente es *inventar y descubrir* esa cosa, sea cual fuere la consistencia ontológica de la misma. En eso consiste lo que anteriormente habla designado, con Ricoeur, redescubrir la realidad.

Ahora bien, si es cierto que la metáfora, al significar como predicación impertinente, ha de suspender los semas incompatibles con el argumento tema, también es cierto que, al mismo tiempo, mantiene su significación, es decir, sus semas, para superponerse a la palabra que

metaforiza y referirse de esta manera al objeto denotado. En consecuencia, denota al objeto doblemente, con los semas de la palabra que sustituye y con los semas propios. Por así decirlo, la referencia está desdoblada por el doble poder de la metáfora, que mienta algo con dos palabras, la una superpuesta a la otra. En este preciso sentido, se ha de entender la frase de Jakobson: “*La función poética proyecta el principio de la equivalencia del eje de la selección al eje de la combinación*”⁽⁹⁾. La equivalencia pasa a ser un recurso constitutivo de la secuencia” (Jakobson, 1974/75: 360). En el caso de la metáfora, esta proyección le confiere ese sentido múltiple que la hace opaca e intraducible.

Pero hay algo más: siendo la metáfora una predicación impertinente, sólo se la puede comprender en el contexto de las relaciones semánticas que, al mismo tiempo, distorsiona y reestructura en el seno de la proposición. En este sentido, la metáfora viva convierte a toda la proposición (o enunciado) en una metáfora. Al ser “casa del ser” una metáfora, “lenguaje” también se metaforiza, porque adquiere una significación distinta por el hecho de su correlación semica con la metáfora que lo predica. Incluso en el lenguaje de la propaganda acontece lo mismo, como con el “toyota” que adquiere nuevo valor significativo por obra de “macho”.

...le sens d’un énoncé métaphorique est suscité par l’échec de l’interprétation littérale de l’énoncé; pour une interprétation littérale, le sens se détruit lui-même. Or cette auto-destruction du sens conditionne à son tour l’effondrement de la référence primaire. Toute la stratégie de la référence poétique se joue en ce point: elle vise à obtenir l’abolition de la référence para l’auto-destruction du sens de énoncés métaphoriques, auto-destruction rendue manifesté par une interprétation littérale impossible. Mais ce n’est là que la première phase ou, plutôt, la contrepartie négative d’une stratégie positive; l’auto destruction du sens, sous le coup de l’impertinence sémantique, est seulement l’envers d’une innovation de sens au niveau de l’énoncé entier, innovation obtenue par la “torsion” du sens littéral des mots. C’est cet-

⁹ La explicación que proporciona Jakobson sobre equivalencia del eje de la selección y combinación es tan clara que prefiero transcribirla in extenso: “¿cuál es el rasgo indispensable inherente en cualquier fragmento poético? Para contestar a esta pregunta, tenemos que invocar los dos modos básicos de conformación empleados en la conducta verbal, la *selección* y la *combinación*. Supongamos que *niño* sea el tema del mensaje. El hablante elige uno de los nombres disponibles, más o menos semejantes, como *niño*, *rapaz*, *muchacho*, *peque*, todos ellos equivalentes hasta cierto punto; luego, para decir algo de este tema, puede seleccionar uno de los verbos semánticamente emparentados: *duerme*, *dormita*, *cabecea*. Las dos palabras escogidas se combinan en la cadena discursiva. La selección se produce sobre la base de la equivalencia, la semejanza y desemejanza, la sinonimia y la antonimia, mientras que la combinación, la construcción de la secuencia, se basa en la contigüidad. *La función poética proyecta el principio de la equivalencia del eje de la selección al eje de la combinación*. La equivalencia pasa a ser un recurso constitutivo de la secuencia”. (Jakobson, 1974/75: 360).

⁸ Traducción: “La cosa esencial que hace el creador literario es inventar o descubrir un objeto -sea éste un objeto material, o una persona, o un pensamiento, o un estado de cosas, o un acontecimiento- alrededor del cual él reúne un conjunto de relaciones que se pueden percibir como reunidas gracias a su intersección dentro de ese objeto”.

te innovation de sens quie constitue la métaphore vive... l'autre référence, celle que nous cherchons, serait á la nouvelle pertinence sémantique ce que la référence abolie est au sens littéral que l'impertinence sémantique détruit. Au sens métaphorique correspondrait un référence métaphorique, comme au sens littéral imposible correspond un référence imposible (Ricoeur, 290-1). (¹⁰)

Resumiendo y complementando, la metáfora significa algo diferente a su sentido literal en virtud de que la misma es el producto de la expresión de un hablante que tiene un propósito especial al significarla. Este fenómeno es identificable en el uso de una palabra; en este sentido, la metáfora focaliza la atención del oyente en esa palabra de sentido desviante, provocando así efectos perlocutivos cuando éste la interpreta: por ejemplo, una impresión brusca y sorprendente (Bretón). Pero la metáfora no existe sino como parte de una proposición y, en cuanto tal, es una **predicación impertinente**. Es impertinente porque des-¹⁰ "...el sentido de un enunciado metafórico se suscita por el fracaso de la interpretación literal del enunciado; por una interpretación literal, el sentido se destruye a sí mismo. Ahora bien, esta autodestrucción del sentido condiciona a su turno el derrumbamiento de la referencia primaria. Toda la estrategia de la referencia poética se juega en este punto: se orienta a obtener la abolición de la referencia por la autodestrucción del sentido de enunciados metafóricos, autodestrucción puesta de manifiesto por una interpretación literal imposible. Pero esto no es sino la primera fase, o mejor, la contraparte negativa de una estrategia positiva; la autodestrucción de sentido, bajo el golpe de la impertinencia semántica, es solamente el reverso de una innovación de sentido a nivel del enunciado entero, innovación obtenida por la "torsión" del sentido literal de las palabras. Es esta innovación de sentido la que constituye la metáfora viva... la otra referencia, la que buscamos, sería a la nueva pertinencia semántica lo que la referencia abolida es al sentido literal que la impertinencia semántica destruyó. Al sentido metafórico correspondería una referencia metafórica, como al sentido literal imposible corresponde una referencia imposible".

truye la coherencia sémica entre sus rasgos y el argumento tema que selecciona. Para que la correlación semántica entre predicado-metáfora y argumento-tema se establezca, es preciso suspender momentáneamente los semas incompatibles de la metáfora. Pero esta suspensión no implica la desaparición de los mismos, todo lo contrario, la metáfora, al mismo tiempo que predica impertinentemente, superpone sus semas a los semas de la palabra sustituida y, de esta manera, se refiere a algo en el mundo real o imaginario. En este proceso de superposición, la metáfora adquiere un sentido múltiple y se opaca. Esta opacidad es el resultado de que la misma atrae la atención en sí misma como cosa, pero a diferencia de la opacidad del signo en los niveles gramatical o fonológico, en los niveles semántico y pragmático, el referente no desaparece, sino que, por el contrario, adquiere nuevas tonalidades precisamente en virtud de la opacidad de la metáfora. Esta resulta ser un sistema de filtros ópticos que matizan la perspicuidad del objeto denotado y, de esta manera, lo redesciben. En última instancia, la metáfora confiere una nueva visión de la cosa denotada y, por ende, revela mundo. Para expresarlo con un término usado por Bollnow y Cassirer, la metáfora "acuña" mundo. No creo que sea una exageración afirmar que el mundo de lenguaje al que nacemos y en el que vivimos existencialmente está constituido, en buena parte (¹¹), por un mundo de metáforas vivas que colorean, matizan y sensibilizan la semiósfera en la que existimos. Pero, si bien este sea el efecto último de la metáfora, lo decisivo consiste en descubrir, al analizarla, cuál es ese mundo que acuña (¹²). De esto se deriva que es la hermenéutica la que, en última instancia, tiene la palabra.

¹¹ Es notable la cantidad de metáforas que se efectúan en o constituyen el lenguaje de los deportes, de los juegos, de las reyertas o de las relaciones amorosas, para sólo citar algunos ejemplos. Sin embargo, en el lenguaje cotidiano como específicamente en el literario, son muchos los recursos no metafóricos que contribuyen a la construcción de la red semiótica en la que es posible movernos. Incluso esto mismo acontece con formas estilísticas antimetafóricas.

¹² Aunque concuerdo con la idea de que la metáfora es un recurso del lenguaje con una gran potencialidad para acuñar mundo, estoy igualmente convencido de que ella no es el único medio para lograr dicho efecto. Cuando se lee, por ejemplo, algunas poesías de Fray Luis de León, sorprende cómo su lenguaje, que aparenta en muchos aspectos la sencillez del lenguaje cotidiano, pueda construir también mundo con tanta excelencia poética.

Bibliografía

- Arens, Hans (1969/75.) *La lingüística. Sus textos y su evolución desde la antigüedad hasta nuestros días*. (2t .). Madrid: Gredos.
- Aristoteles (1959). *Poética*. Buenos Aires: Emecé.
- Beerg Jonathan (1988). "Metaphor, Meaning and Interpretation". *Journal of Pragmatics*, 12, 695-709.
- Borges, Jorge Luis (1974). *Obras completas*. Buenos Aires: Emecé.
- Berinstein, Helena (1985). *Diccionario de retórica y poética*. México: Porrúa.
- Chafe, Wallace L. *Significado v estructura de la lengua*, Barcelona, Planeta, 1970/76.
- Chomsky, Noam (1981). *Lectures on Government and Binding*. Foris: Dordrecht.
- Cassirer, Ernst (1942/72). *Las ciencias de la cultura*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Cassirer, Ernst (1963/71). *Filosofía de las formas simbólicas*. 3t. México: Fondo de Cultura Económica.
- Gadamer, Hans-Georg (1966/71.) *Verdad y método*. Salamanca: Sígueme.
- Greimas, A. J (1966/71). *Semántica estructural*. Madrid: Gredos.
- Greimas, A. J (1976). "Pour un théorie des Modalités, *Langages*, 43.
- Grice, H. P.(1968). *Logic and Conversation*, (policopiado); un resumen editado en inglés por COLE, Peter - MORGAN, Jerry L., *Syntax and semantics*, vol. *Speech acts*. New York, 1975; versión completa en francés editada por Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales Centre d'Etudes Transdisciplinaires, *La Conversation*. Paris, Seuil, 1979.
- Heidegger, Martin(1948/60). "Carta sobre el Humanismo", SARTRE, J. P. Heidegger, M. *Sobre el humanismo*.
- HHeidegger,, Martin.(1950/60). *Sendas Perdidas*. Buenos Aires: Losada.
- Heidegger, Martin.(1937). *Arte v Poesía*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Heidegger,, Martin.(1957/87). *De camino al habla*. Barcelona: Serdal
- Guitard.
- Jakobson, Román (1975). *Ensayos de lingüística general*. Barcelona:
- Se x Barral.
- Lacan, Jacques (1966/71). *Escritos*. México: S. XXI, Ier t.,; II t. 1966/84.
- Navia, Walter. "La tesis de la visión del mundo a través del lenguaje de Wilhelm von Humboldt" (Inédito).
- Navia, Walter (1990). "Comunicación y Paradigma de Diálogo en M. Heidegger", *Filosofía*. 1, , 101-128.
- Palmer, F. R (1979). *Semantics*. Cambridge: Univ. Press.
- Searle, John (1981). "Metaphor", *Expression and Meaning*, *Studies in the theory of speech acts*. Cambridge: Cambridge Univ. Press.
- Ricoeur, Paul (1975). *La métaphore vive*. Paris: Seuil.
- Recanati, Franpois (1979/81). *La transparencia y la enunciación*. Buenos Aires: Hachette.
- Ullmann, Stephen (1962/65). *Semántica*. Madrid: Aguilar.